

## Prólogo

### **La España que aún existe**

Visitar un lugar cuando el viajero ha leído con anterioridad libros que hablan del mismo multiplica el placer de la visita. Porque cada calle y plaza, cada iglesia y cada café, cada cerro y cada pozo, nos dicen algo, nos relacionan con lo que hemos leído y a la vez enriquecen esa lectura. Tres siglos después de la publicación de la primera parte del *Quijote*, Azorín se embarcó en un viaje que tenía algo de conmemorativo y mucho de homenaje a la gran obra, a la primera novela moderna, al libro esencial de la literatura en español. Ha pasado algo más de un siglo desde entonces y ahora Ignacio Villameriel, a quien conocí cuando velaba sus armas para salir al mundo del periodismo, repite la ruta de Azorín, tratando de localizar las huellas del ingenioso hidalgo que había identificado el periodista y escritor de Monóvar.

Lo que Villameriel hace es un libro de viajes en la tradición de la literatura casticista. Porque en sus páginas hay referencias a Azorín, con su prosa precisa, sus frases breves y un punto de ironía tierna que ilumina el texto sin ofender a nadie. Pero también las hay a Camilo José Cela y su Viaje a la *Alcarria*, con esa sucesión de vecinos, posaderas, dueñas, camareros, monjas y camioneros, con sus cocidos manchegos y fritangas de panceta, sus tardes de agosto con 39º a la sombra y las verbenas de algunos pueblos en fiestas.

El autor camina, de Argamasilla de Alba a Alcázar de San Juan, de El Toboso a Toledo, donde concluye su aventura. Sentado en la plaza de la Catedral, contempla la grandeza restante de una España aún imperial en tiempo de Alonso Quijano, a punto de comenzar una larga decadencia fruto de algunos males que están inequívocamente retratados en el libro de Cervantes.

Seguir la ruta de Azorín y Cervantes es adentrarse en una España que no sale en los informativos de televisión a menos que medie alguna catástrofe o un suceso sangriento. Una España almodovariana (no por casualidad el cineasta nació por allí mismo), que si por un momento obviamos los móviles que todos sus habitantes llevan en su bolsillo y las conversaciones en los bares de los pueblos sobre los últimos concursos y series de la tele, tampoco es tan distinta de la de los años sesenta. Una España en blanco y negro, como de neorrealismo de un Vittorio de Sica con más sentido del humor. Un país por otra parte

mucho más interesante, con más poso, más auténtico que el que vuelca cada día miserias, exhibicionismos, envidias y navajazos en las redes sociales y se cree el no va más de la modernidad.

Por suerte, la España que ha visitado Villameriel estará vaciándose pero todavía existe. Y nos recuerda lo que somos, de dónde venimos y dónde están nuestras raíces. Por si lo habíamos olvidado.

*César Coca, periodista y Director del Máster de  
Periodismo de EL CORREO*